

mas cuando por ellas vió la respuesta de su señora, perdió súbitamente la color, creyendo que toda su esperanza, que su doncella le había puesto, era en vano, y no pudiendo sostener los brazos, se le cayeron hasta ser puestas las manos en sus rodillas. La doncella, que los ojos dél no partía, y vido aquella mudanza y alteración tan grande que Esplandian tan súbitamente en sí había mostrado, llegóse luego á él, diciendo: «Mi señor, ¿qué es eso? Qué nueva os ha turbado? cierto creo yo que ninguna pudo tanta fuerza tener, que vuestro bravo y fuerte corazón en flaqueza pusiese, sino es de aquella contra la cual ninguna fuerza ni valentía puede resistir. Decídmelo, Señor; que quien en la primera y dulce esperanza vos puso, aquella dará el remedio para la sostener y hacer verdadera.» Esplandian le dijo: «Mi doncella y mi amiga, leed estas cartas, y ellas os mostrarán la causa de mi desventura.»

La doncella tomó las cartas, y cuando vido la respuesta sañosa de la Infanta, comenzó á reír, y dijo: «La diferencia que es entre el amor de vosotros y nosotras es muy grande; que los hombres por la mayor parte, aquello que en sus corazones sienten y tienen sin otra encubierta, sin otra maña y cautela, en el gesto y en sus hablas lo demuestran, y aun muchas veces mucho mas. Lo que nosotras no hacemos; que aunque la voluntad, siguiendo las fatigas que el corazón siente y pasa, alguna cosa querria el semblante lo que la palabra muestra denegar; y esto no lo digo que por engaño se haga, mas por aquella gran diversidad que las costumbres del mundo pusieron entre las honras de los unos y de los otros; que aquella gloria que los hombres alcanzaban en poner sus pensamientos en amar las personas de mas alto estado, siendo á todos manifiesto, aquella se torna en deshonor y escuridad de las mujeres, si dellas fuese publicado; y por esta causa, con causa muy justa nos conviene negar lo que deseamos. Aunque por mí no se debria tomar, ni esta razon caber podria; que si alguna alegría mi corazón siente, no es sino querer que fuese publicado por todo el mundo aquel amor irreparable que yo, mi señor, os tengo. Pero el justo remedio que por mí y en mi favor hace, es la mi bajeza y la grandeza vuestra, lo que no cabe cuando las personas se pueden juzgar en igual grado; así que, esto que vuestra señora responde, esto es lo que vuestro corazón con muy ardiente afición desea, que es verse junto con aquel que de aquella herida, de aquellos muy mortales y grandes deseos es, como él, herido y atormentado. Por esto, mi buen señor, conviene que, dejando todo lo restante, os dispongais á la ver; que si por oídas os tiene aquel sobrado amor que ya os dije, mucho mas lo será crecido con vuestra presencia, con la cual aun vuestros enemigos en la ver deleite sienten; pues ¿cuánto mas lo harán aquellos que con grande amor y afición la miraren?»

CAPITULO LXXXVII.

Cómo Garinto habló
Al caballero esforzado,
Y cómo le consoló
Cuándo tan triste le vió
Y de sí mesmo olvidado;
Y cómo de larga ausencia
Olvidanza siempre resta,
Y al contrario de presencia,
Segun muestra la licencia
De la reina Clitenestra.

Acabada la doncella su razon, el rey de Dacia dijo: «Mi buen señor, bien os dice la doncella: vos venistes por mandado de vuestro padre á servir esta infanta, y no por voluntad tan solamente, mas por deuda que le debía, por las grandes honras y mercedes que ella le hizo; y así se lo hicistes saber. Enviós á mandar que la viésedes, todas cosas dejando, porque queria ver si aquello que vuestro padre era obligado, vuestra persona lo podia satisfacer; no lo habeis hecho, excusándoos con disculpas, mas para caballeros que conformes á la voluntad de doncellas; y tenéis por extraño esto que ha respondido. Bien parece ser fuera de vuestra memoria cuán livianamente los encendidos y verdaderos amores de las mujeres con la ausencia son olvidados y trocados. Pues ¿qué será de aquellos que aun ningun cimiento tienen sobre que firmeza ni seguridad deban tener, como son estos vuestros? Acuérdeseos de aquella muy hermosa Brazaida, cuántas lágrimas, cuántos dolores y cuántas angustias mostró al su muy amado y muy esforzado caballero el troyano Troilo la noche antes que de fuerza le convino ser dél apartada; y cómo el mismo dia siguiente, en tan poco espacio de tiempo y de camino, que no pasaron tres horas antes que al real de los griegos llegase, fué enamorada de aquel Diomedes, rey de Tracia; y en señal de parecer que la su libertad le era sujeta, le dió ella una alba de las sus hermosas manos; y de aquella reina Clitenestra, que no solamente la ausencia de su marido fué causa de su gran maleficio que le hizo, mas aun lo fué de le quitar la cabeza con aquella descabezada vestidura. Digo aquella cabeza que en tanta discrecion sostuvo, que bastó para mandar diez años los mas y los mayores reyes y príncipes del mundo. Otras muchas os podria traer por ejemplo, que por no poner en duda la bondad y lealtad de aquellas que la alcanzaron y la perdieron, antes por ella murieron, se dejarán de recontar; solamente, mi buen señor, os diré que la presencia de los que mucho se aman, especialmente de la vuestra tan señalada en el mundo, la gloriosa habla, los amorosos autos, aun siendo fingidos, escaldan los amores tibios y resfriados. Pues mirad qué fuerza pueden tener aquellos que de muy ardiente deseo son inflamados y encendidos.—Oh rey de Dacia, dijo Esplandian, todo lo que me dices conozco yo ser verdadero; mas ¿qué haré? Que la alteza y gran hermosura desta infanta tengo yo en mi pensamiento en tan alto grado, que aunque por mi sola persona todo el mundo sojuzgado hubiese, no me ternia por digno de ante ella parecer.—Pues que así es, dijo el Rey, olvidadla, y tomad otra de muy grande estado, que de rodillas os pedirán y servirán.—Eso no puede ser, dijo Esplandian,

dian, así porque imposible seria, como porque yo, perdiendo su memoria, seria olvidado y puestas mis cosas debajo de tierra.—Pues haced, dijo el Rey, lo que os aconsejamos.—Yo lo haré, dijo Esplandian, y no por mi juicio, que no lo alcanzo, mas por el de vosotros, como lo ordenáredes.» El Rey le dijo: «Yo ternia por bueno que hablando con estos caballeros, y dejándolos encomendados á vuestro tio Norandel y á Frandalo, para que procuren de hacer mal y daño á estos infieles, como comenzado está, os vais, en esta fusta que ellos trujeron, á la montaña Defendida, y lleveis á Gandalin y á Eoil, que son criados de vuestro padre y de quien sin recelo os podeis fiar, y á mí y á esta vuestra doncella; y allí llegados, tomáremos el acuerdo que conviene; y á estos mensajeros de Gastiles dadles una carta en que le agradeceis mucho la memoria que de lo que le encomendastes tuvo, y que él bese las manos por vos y por nos al Emperador, y en lo de la infanta Leonorina, que vos enviaréis allá un mensajero que sepa de su merced lo que manda y mas su servicio es, y que aquello pornéis luego en obra.—Pues que esto tenéis por bien, dijo Esplandian, así se haga, y Dios por su misericordia lo enderece; que creed, mi señor, que si remedio para su saña no se hallare, que para excusarme la muerte no os pongais en cuidado de lo buscar.»

CAPITULO LXXXVIII.

Cómo la gran tormenta de la mar hizo á Esplandian aportar, despues de diez dias, al pié de la peña de la Doncella Encantadora; el cual de la villa de Alfarin para la montaña Defendida habia partido.

En este acuerdo que habeis oido quedó aquella habla, y Esplandian, hablando con aquellos caballeros y despachando los mensajeros de Gastiles, como lo habian acordado, tomando los marineros que le guiasen, se metió con aquella compañía en la mar, y con mucho deseo de los que quedaban y de los que iban, causándolo el verdadero amor que el Señor muy poderoso en ellos habia puesto, partieron de aquel puerto de Alfarin, con voluntad de llegar á la montaña Defendida; pero de otra manera y forma les avino. Que la fortuna, queriendo guiar á este caballero, así como lo suele hacer con aquellos que ensalzar y alegrar quiere, descubriendo aquellas cosas que nunca fueron pensadas, dando lugar y causas á que pensadas por las personas sean; habiendo ya navegado por la mar todo aquel dia y gran pieza de la noche, súbitamente el próspero y seguro tiempo fué revuelto y trabucado con un viento sin medida, de forma que los mareantes, perdida su sabiduría y esperanza de la cobrar, dejaron lugar á la ventura que la nave guiase donde mas le pluguiese. Esta tormenta fué en tanto grado crecida, que muchas veces fueron en punto de ser anegados, teniendo por imposible que con tal afrenta las vidas les quedasen. Allí eran prometidas las devotas romerías, allí eran los hijos hincados, allí las manos hácia el cielo, demandando misericordia. Mas ni por todo esto, siempre los vientos y la tormenta en gran cantidad mas aumentados no dejaban de ser.

Aquel esforzado Esplandian, que engendrado fué á

la sazon que de aquella peña Pobre su famoso padre, con tanta cuita, con tanto dolor y amargura de su ánimo, por mandado de su muy amada señora Oriana, salió, y con tanta gloria y buena ventura, antes que la viese, vencido en batalla á aquel esforzado don Cuadrante; venció los diez caballeros de la infanta Leonoreta, hija del gran rey Lisuarte; venció aquellos espantables y en todo el mundo dudados jayanes, Famongomadan, y Basagante, su hijo; y asimesmo su nacimiento y crianza habia sido tan extraña, y sobre todas las grandes adivinanzas en su gran loor dadas por la gran sabidora Urganda y por la doncella Encantadora; no solamente iba él con aquella cruel fuerza de los vientos y peligrosa tormenta consolado, mas aun consolaba á la doncella y al rey de Dacia, y á los otros caballeros y hombres de servicio, diciéndoles: «Mis amigos, si esta tan grande afrenta en que sois, á vosotros solos viniese, cierto, con mucha razon, mas por muertos que vivos os debríades tener. Mas siendo yo presente, que para semejantes cosas fui nacido, y para muy mayores miedos fui armado caballero, no temais; que no solamente aquel muy alto Señor porná remedio á esto en que somos, mas aun permitirá que en doblada alegría se nos torne; que sin estos semejantes espantos, y otros mas crecidos, no puedo yo llegar á la alteza de gloria y prez de armas, segun que las cosas dichas de mí se esperan. Y puesto caso que en este medio tiempo la vida me sea quitada, quito seré yo de culpa, y aun aquellos que de mí hablaron, pues que el poder del muy alto Señor es sobre todo.»

Pues así hablando Esplandian con ellos, y ellos encomendándose á Dios, la fusta navegando sin gobernarle alguno, no sabiendo la parte en que estaban, ni el viaje que llevaban, en cabo de diez dias, que sin que persona encontrasen que por la brava mar anduviese, ni ver tierra á ninguna parte, se hallaron, casi á la media noche, al pié de la peña de la Doncella Encantadora, la cual luego por Esplandian y Gandalin y Sargil fué conocida. Pues allí la nave llegada, saltaron en tierra los caballeros, y por las cadenas la prendieron, porque la fuerza del agua no se la llevase.

CAPITULO LXXXIX.

Cómo Esplandian y sus compañeros subieron á la peña de la Doncella Encantadora, y de las cosas que hasta llegar á sus grandes palacios les acaecieron.

Mucho fué consolado Esplandian y aquellos caballeros en ser así guaridos de tal peligro; pero muy mas fueron espantados de una cosa extraña que oyeron, y esto fué, que encima de la alta peña sonaban los mayores y fuertes bramidos y mas espantables que jamás de ninguna cosa hubieron oido, tanto, que toda la peña parecia que hacia estremecer. Oido esto por Esplandian, teniendo en la memoria aquella profecía que en el rétulo del leon era escrita; creyendo que, pues la fortuna allí le habia guiado, que entonces era permitido que se cumpliese, dijo con grande alegría de su ánimo en una voz alta: «¡Ay santa María, valéme! que llegado es el tiempo que yo tanto he deseado, y si pluguiere á Dios, ahora comenzarán mis lágrimas, mis mortales deseos de haber algun reposo.» Cuando el rey

de Dacia y la doncella y aquellos caballeros esto le oyeron, mucho fueron maravillados; que no sabían la causa, pero él sí, que leyó las letras que declaraban ser por él acabada del todo aquella aventura de la cámara del gran tesoro, al tiempo que aquellos bramidos por el leon fuesen dados, en que se le prometía gran remedio á sus amores, así como ya la historia os contó.

Pues allí estuvieron con gran placer, cenando de la provision que traían, y durmiendo en la ropa que de la fusta sacaron aquello poco que de la noche les quedaba por pasar. La mañana venida, Esplandian contó al Rey lo que en aquella peña le aconteció, y cómo en ella había ganado su hermosa y rica espada. Y Gandalin asimismo les contó cómo, buscando él al caballero que la doncella forzada traía, había subido en la peña, y cómo en ella halló á Amadis y á Grasandor, y la gran risa que tuvieron cuando él les dijo que él quería probar la espada que Amadis no se había atrevido á probar, y las palabras que sobre ello Grasandor dijo. Mucho tornaron á reír dello, y de cómo habían hallado en los baños antiguos el caballero y la doncella, y cómo despues, teniéndole ella aborrecido, tuvo por bien de se casar con él, tornando aquel desamor en muy sobrado amor. Cuando la doncella Carmela esto oyó, dijo: «Segun eso, ninguno debe desesperar de la merced de Dios y de lo que desea, y yo así lo hago.» Esplandian la abrazó riendo, y dijo: «Mi doncella y mi muy grande amiga, muy mucho mas verdadero y mas cierto es el amor que os tengo, que aquel ni otros semejantes dél. Mi señor, dijo ella, sufrid vos mis locuras, pues que mi corazon por vos sufre mil afrentas, mil tormentos y pasiones, perdonando á quien mas hacer no puede; y hincados los hinojos, le quiso besar las manos, mas él las tiró á sí, diciendo: «Mi amiga, cuando las manos yo os diere, será en tal sazón, que otros que mucho valgan se ternán por contentos de besar las vuestras;» y levantóla.

En esto que habeis oído estuvieron hablando un gran rato con mucho placer, por haber escapado del peligro de la mar, como ya oísteis; pero mas que todos lo era Esplandian, por lo que ya os dije. Y pasada alguna parte del día, que hubieron holgado y comido, Esplandian dijo al rey de Dacia que á él le convenia subir á la peña, y que llevaria consigo á Gandalin y á Enil, y si á él se le hacia trabajo, que le esperase allí con la doncella hasta que volviese; á estos dos caballeros queria él llevar, no porque afrenta ninguna temiese, mas creyendo que para levantar la tumba solamente los habria menester. El Rey le dijo: «Mi Señor, si en tal tiempo yo quedase, bien se podría decir que quedaban dos doncellas sin ningun caballero; con vos quiero subir y ver esto que por mí nunca fué visto.— Así lo haré yo, dijo la doncella; que en ninguna manera quedaré.— Pues ahora, vamos con la bendicion de Dios,» dijo Esplandian.

Entonces tomaron Sargil y Argento, escudero del Rey, provision quanto llevar pudieron, y la doncella el yelmo de Esplandian, y el Rey y los otros caballeros sus armas, y comenzaron á subir por la peña arriba, y anduvieron tanto, que con gran trabajo, al sol puesto, llegaron á la ermita donde el gran ídolo estaba; en la

cual cenaron y durmieron, y al alba del día continuaron su camino, y tanto anduvieron, que á las tres partes del día pasadas fueron en la cumbre de aquella muy alta peña, y porque ya era tan tarde, acordaron de reposar cabe las fuentes y estanques aquella noche. Mas esto no fué con gran reposo; que las serpientes que allí acostumbraban beber salían de sus cuevas, y como los sentían, andaban saltando y dando silbos al rededor dellos, y ellos salían á ellas por las herir, mas no los atendían, antes las unas se tornaban á esconder, y las otras se iban huyendo por el campo. Así pasaron toda la noche, que nunca tuvieron lugar de dormir; y la causa por qué estas serpientes tan bravas y tan emponzoñadas no osaban llegar á aquellos caballeros, fué por aquella espada encantada que Esplandian tenia, que demás de les dar luz toda la noche con la claridad de sus preciadas piedras, era hecha por tal arte, que ningun encantamiento ni cosa emponzoñada tenia fuerza de empecer á ninguno que cabe ella estuviese; que de otra manera, no pudieran por ninguna manera escapar de ser todos muertos. A esta sazón, los bramidos del leon eran tan grandes, que muy grande espanto les pusiera si Esplandian no les hubiera contado la causa por qué se hacían, así como ya él lo había visto.

CAPITULO XC.

Cómo Esplandian, abriendo la cámara del tesoro encantado, él y sus compañeros entraron dentro, y abierta la tumba de cristal, y quitado el leon de encima della, de las maravillosas y ricas cosas que dentro halló.

Pues siendo ya el día claro, fuéronse á aquellos grandes palacios de la doncella Encantadora, y entraron por la sala hasta llegar á las puertas de la cámara encantada, y poniendo en ellas Esplandian su diestra mano, luego fueron abiertas y cesados los bramidos, y luego él y todos los otros entraron dentro, y dijo á Gandalin y á Enil que quitasen el leon de encima de la tumba; mas, por mucho que en ello trabajaron, ni el rey de Dacia ni la doncella, que les ayudaron, no lo pudieron mover. Cuando esto vido Esplandian, llegó él y probó á quitar con sus manos, y luego fué movido, y tan ligero de quitar, como la cosa mas liviana que ser pudiera. Y desta manera le aconteció en la tumba, que él solo alzó la primera cubierta de cristal, y quedó la segunda, que de color de cielo era, la cual se cerraba con una cerradura toda de esmeralda, y en sí tenia una llave de piedra de diamante, y los gonces eran de otras piedras rubíes muy preciadas; y cuando la hubo abierto, vido dentro un ídolo de oro, todo sembrado de piedras preciosas muy grandes, sin medida, y de aljófar muy grueso, y tenia una corona de oro en la cabeza, tan bien obrada, que por maravilla fué tenida á quien despues la vió, y unas letras en ella todas de muy ardientes rubíes, que así decían: «Júpiter, el mayor de los dioses;» y una tabla colgada á su cabeza, con otras letras muy hermosas y bien tajadas, de diamantes, que decían así: «En el venidero tiempo que el mi gran saber será perdido, y el siervo de la sierva aquí sepultado, y á la vida restituído por quien la muerte padece, las grecianas ovejas, que de otra mas extraña yerba fueron gobernadas, serán constreñidas y en gran

tribulacion por los hambrientos lobos-marinos, que dellos gran parte del ancho mar será cubierta, encerradas serán en la su gran selva, y muchas muertas y despedazadas; así que, su pastor, perdida toda esperanza, con grande angustia llorará su desastrado fin; mas á aquella sazón, el hijo del leon bravo acudirá, y haciendo muy cruel destruicion, quitará el poder y mando al gran pastor, y gozarán de las telas de su corazon sus fieros dientes y agudas uñas, y sus ovejas quedarán por gobierno dél y de las bravas compañías suyas. Entonces la engañosa y gran Serpiente, el cuchillo encantado y esta muy alta roca, en la honda mar para siempre serán hundidas.»

CAPITULO XCI.

Cómo Carmela, bajando el leon, Los otros la tumba y el bulto de oro, Deciden aquel tan rico tesoro Do estaba la fusta esperando patron; Y cómo á Garinto sin mas dilacion Envió el caballero y buen amador Saber de la hija del Emperador, Si tiene dél queja con justa razon.

Esplandian, en tanto que el rey de Dacia y la doncella Carmela y los caballeros miraban aquellas grandes riquezas de aquel gran ídolo de Júpiter, y cómo era ordenado y guarnecido dellas, muy espantados estaban, considerando que si todo el tesoro del mundo en uno junto fuese, no podría igualar al valor de aquel. Leyó las letras griegas, que el lenguaje griego muy bien sabia, y por entonces no entendió á qué podría responder la sentencia dellas, y vuelto al Rey, le dijo: «Mi buen señor, ¿qué os parece desto que aquí hallamos?—Cierto, dijo él, paréceme que en todo el mundo no se podrían hallar cosas tan preciadas ni que tanto valgan.— ¿Habeis leído estas letras? dijo Esplandian.—No; dijo el rey de Dacia; que aunque las he mirado, no sabia el lenguaje dellas, que para mí es muy extraño.— Pues despues que esto pongamos, dijo Esplandian, en recaudo, yo os las declararé, y creo que no ternéis en poco la sentencia suya, si la pudiéremos alcanzar, aunque por ahora á mí se me hace muy oscura.— Pues ¿qué harémos? dijo el Rey.— Que todo esto que aquí hallamos, dijo Esplandian, lo bajemos á la nave, y lo llevemos con nosotros, pues que Dios y la fortuna nos lo otorgó, en cabo de tan grandes tiempos pasados, que á otro ninguno darlo quiso.— Así se haga, dijo el Rey; que gran simpleza sería dejar esto que se os ofrece con tan poco trabajo; pues que los mayores hombres del mundo, por lo cobrar, porían á sí y á sus gentes en el hilo de la muerte.»

Entonces Esplandian dijo: «Mi doncella, tomad en vuestros brazos este leon, que pues él á mi persona fué sujeto, tambien lo será á lo que mandare; y Gandalin y Enil llevarán la tumba de cristal, y el Rey y yo y nuestros escuderos trabajaremos con la tumba del ídolo.» La doncella fué á tomar el leon, como le mandaron, y como quiera que no tuviese esperanza de lo poder alzar del suelo, muy ligero se le hizo; y así fué de todo lo otro, que con muy poca premia lo levantaron de tierra y lo llevaron fuera de los palacios, hasta lo poner en la cumbre donde de la roca comenzaba á de-

cender. Pero allí mucho mas livianamente lo sintieron pasar la cuesta abajo, y anduvieron con ello hasta lo poner en la ermita, donde con mucho placer reposaron y cenaron de lo que llevaban, y durmieron aquella noche. La mañana venida, comenzaron á decender como antes, y llegaron al pié de la peña antes que anochebiese, y poniendo la tumba como en la cámara estaba, dentro en la nave, y el leon encima della, Esplandian mandó á los marineros que, pues el tiempo mucho mas sosegado habían, que partiesen de allí la via de la montaña Defendida, y ellos así lo hicieron; y habiendo ya navegado dos días, dijo el rey de Dacia á Esplandian: «Mi buen señor, yo he pensado que será bien que desde aquí en esta barca que en la fusta traemos, me fuese con un marinero á Constantinopla, y terné manera cómo pueda hablar con vuestra señora, y trabajaré quanto pudiere en saber qué cosa es aquella saña suya, y tambien cómo ó en qué manera manda que la veais, y si yo puedo, verla heis en secreto antes que al Emperador su padre; y si esto no se pudiere acabar, tomaréis el mejor acuerdo.» Esplandian dijo: «Mi buen señor, yo tengo por buen consejo lo que me decis, y pues que á vuestra discrecion y desta doncella es mi voluntad remitida, haced lo que os pareciere, que aquello se porná en obra. Y cierto, si eso que me decis, que pudiese ver aquella infanta en secreto, aunque fuese en auto de toda honestidad, con ello sería yo muy satisfecho, mas que en mostrarme ante su padre y toda su corte; y pues que yo soy suyo, della sola querria recibir el mandamiento de su servicio. Y en tanto que vos is allá, quiero atenderos en esta nave, en aquella parte de la mar que os hallé en la flota de Frandalo, porque mas presto pueda saber lo que hiciéredes y lo que aquella mi señora manda.— Por bien lo tengo,» dijo el Rey.

CAPITULO XCII.

Cómo Garinto, rey de Dacia, partió para Constantinopla, y anduvo por la mar perdido cuarenta dias, y las muchas y grandes afrentas en que se vió.

Entonces, echando en el agua la barca con alguna provision, y entrando en ella el rey de Dacia y dos marineros para guiar, y Argento, su escudero, que las armas le llevaba, partiéronse de Esplandian, y llevaron la via de Constantinopla. Mas la fortuna, que muchas veces vuelve al revés los pensamientos de los hombres, especialmente aquellos que por mas firmes y ciertos tienen, por mostrar en ello su gran poder, y que no puedan los hombres atribuir las cosas que pasan solamente á su discrecion, puso á este rey tal estorbo, que no sabiendo los marineros en qué manera, desvió la barca de noche de la via que llevaban; de manera que, cuando el alba pareció, no supieron atinar dónde estaban ni menos adónde habían de ir; así que, les convino seguir mas á la ventura que á su sabiduría, creyendo que aportarían á algun lugar de puerto donde tomasen aviso.

Este rey de Dacia anduvo perdido por la mar mas de cuarenta dias, en que puso muchas afrentas y desventuras, que al hilo de la cruel muerte le llegaron. Y si la historia os las hubiese de contar, sería salir del pro-

pósito comenzado. Especialmente cómo aportó, no teniendo ya vianda ninguna, á la isla del gigante llamado Grasion, y allí salido en tierra, bebiendo del agua de una fuente que se llamaba de la Olvidanza, y Argento, su escudero, cayeron cabe ella, perdidos los sentidos; y de allí fueron llevados al jayán, que los tuvo en una cruel prision; y una doncella, viéndole tan mozo y hermoso, se enamoró dél, y lo sacó por una muy extraña forma, y le hizo cobrar sus armas y su barca y marineros; y así se fué con él, y despues aportó á otra isla á la parte de Hungría, y halló que querian quemar una doncella, y no habia caballero que tomase por ella la lid, y se combatió con otro caballero y lo venció, y tambien esta doncella se fué con él; y cómo despues la ventura le puso al pié de una torre en que la mar batia, en la cual estaba una dueña presa, y cómo se le encomendó, y él la sacó de allí, venciendo al señor de la torre. Y otras muchas aventuras que por él pasaron, que muy largas y prolifas serian de contar, y el que saber las quisiere, lea la gran corónica que á tiempo fué que el maestro Elisabat hizo deste Esplandian, siendo ya emperador, y allí hallará todo esto que digo, y otras muchas y grandes caballerías que los otros caballeros que en la villa de Alfarin quedaron hicieron, y de otros que vinieron de la Gran Bretaña y de la parte de Roma á esta guerra que comenzada estaba contra los infieles; que aquí en estas *Sergas* llamadas no se os dirá mas sino cómo estos dos amantes se vieron, y cómo la sabidora Urganda la Desconocida vino á la corte de aquel emperador en compañía de Esplandian, y de las extrañas cosas que en ella acaecieron, y asimesmo la gran batalla que pasó sobre Constantinopla por la mar y por la tierra, y la muchedumbre de los reyes bárbaros, de naciones blancas y negras, que en ella fueron, y de otros muchos principes y grandes hombres de los cristianos que acudieron á Esplandian, y la gran mortandad de los unos y de los otros; la cual batalla fenecida, fenecieron estas dichas *Sergas*, que tanto quiere decir como las proezas de Esplandian. Así que, la historia vos irá agora recontando cómo, viendo Esplandian que el rey de Dacia tardaba, envió á saber dél, y no se hallando recaudo alguno, tomó el acuerdo que oiréis.

CAPITULO XCIII.

Cómo despues que fortuna negó
Al triste Garinto llegar do queria,
El gran caballero, que pena sentia,
Con sola Carmela consejo tomó;
La cual no pensando, industria le dió
Y arte de cómo pudiese hablar
A aquella que tanto le hace penar,
Y su libertad con el seso robó.

Esplandian, despues que el rey de Dacia dél se partió, mandó guiar su nave á aquel sitio de la mar donde por señal puso de le atender, y llegado allí, estuvo aguardando, estando sobre las áncoras, diez dias. Y viendo que no venia él ni su mandado, acordó de enviar en un batel un hombre que dél supiese si á Constantinopla habia aportado, y le trajese recaudo dello; pero este mensajero, siendo ido y venido, no pudo saber ninguna cosa del Rey, así como era verdad que allá no habia ido, de que Esplandian muy maravillado fué. Pero luego pensó que, así como las cosas de los

otros caballeros, siendo fuera de la razon guiadas, se ternian por vanas é inciertas, que así las suyas para ser ciertas habian de ser obradas al contrario; y con pensamiento que la movable fortuna no ternia poder de le estorbar, lo cual esperaba del Señor muy poderoso en quien muy firmemente creia y tenia por remedio; sin por ello haber alguna alteracion, llamando á su doncella aparte, le dijo: «Mi verdadera amiga, ya sabeis á lo que Garinto, rey de Dacia, de nos se partió, y entiendo que mas por las ondas de la mar, que desviar le hicieron, que por su voluntad, no ha venido en efecto su buen propósito; y pues que mas hacer no se puede, tomemos el remedio que posible nos fuere. Aconsejadme, mi buena amiga; porque los que desta pasion son heridos y atormentados, aunque en todas las otras cosas el juicio entero tengan, en esta ninguno les queda, como por muchos grandes hombres se podría probar, que muy famosas cosas acabaron, y en esta que digo fallecieron.»

La doncella dijo: «Señor, aunque en todo el mundo se buscasse persona que esto que me decís quisiese por verdad juzgar, no se hallaria que á mí igualase; porque aquella pasion y angustia sin medida que yo padezco, ninguno así como yo la pudo, no solamente pasar, mas ni aun pensar; pero el remedio es para mí tan grande en ser en vuestra presencia, que si della quitada y apartada fuese, luego mi vida de mí quitada sería; y si yo pensase, para en esto que á mí toca poner algun remedio, oprimir el mi corazón, no sería en ello mas parte que una cosa muerta. Mas el vuestro, que con menos alicion del turbado juicio, y mayor voluntad de la servir, está, si mi consejo tomáredes, á mi memoria ha venido una manera extraña, por donde aquella vuestra señora ver podeis, y no será sin gran peligro suyo y vuestro. Pero las cosas muy altas pocas veces alcanzar sin él se pueden; yo quiero, mi señor, deciros en qué forma vos traeis aquí esta tumba con tan rico y preciado tesoro, que ningun emperador ni rey del mundo así junto como él lo tiene. Haced llegar esta nave al puerto de Constantinopla, y castigad esta compañía que todos guarden secreto, que no se sepa ser vos aquí, antes estaréis encubierto en lo mas bajo de la nave, y yo, tomando conmigo á Gandalin y Enil, saldré en tierra, y haré saber al Emperador y Emperatriz cómo de vuestra parte soy venida á traer á su hija este tan preciado presente; y trabajaré cómo ellos vengan á esta nave á lo ver, y despues que todos se fueren, entrávos en la tumba con el idolo, y así juntos vos llevarémos á la infanta Leonorina, y haré que en la su recámara seais puesto. Y lo demás dejad á mí el remedio; que yo terné manera cómo ella os vea, y seais de allí luego otro dia sacado. Y si esto que digo muy grave vos parece, acuérdesevos que mas grave es sostener las angustias y prisiones que de continuo vos atormentan.»

Esplandian, cuando esto oyó, estuvo un rato pensando; que cuando en sí tornó dijo: «Mi doncella, no temo yo la muerte, porque no me puede venir tan cruel ni tan penosa como yo la siento cada dia muchas veces, mas temo la vergüenza deste grande emperador, que tanto bien y merced á mi padre hizo, si por mi desventura

descubierto fuese; y sobre todo, el daño y enojo que redundar podría á aquella mi señora; pero como mi pensamiento esté firme en la servir y aguardar su honra mas que á cuantos hoy viven, y el muy alto Señor dello sea testigo, él nos guardará y porrá remedio en este atrevimiento que por consejo me dais, y yo lo otorgo que así como lo habeis dicho se haga.—Ese señor que decís, dijo la doncella, será en nuestra ayuda; despues dél, yo, que veréis á qué basta este mi deseo y grande amor que vos tengo.»

CAPITULO XCIV.

Cómo Esplandian secretamente con dos compañeros llegó al puerto de Constantinopla, y de lo que el Emperador, por industria de la doncella Carmela, hizo.

Con este acuerdo que vos digo, hizo Esplandian partir la nave la via de Constantinopla, y tanto anduvo, que en cabo de los ocho dias fué en el gran puerto. Y allí hablando Esplandian con los hombres que con él venian, les dijo que en ninguna manera dijese del otra cosa, salvo que en la montaña Defendida quedaba; porque por entonces no queria ser del Emperador conocido, hasta que mas caballeros con él viniesen; que para ser representado ante tan grande hombre, así convenia que fuese, y que por estar mas encubierto, él queria ponerse en lo mas secreto de la nave, y así lo hizo. Mas la doncella, tomando consigo á Gandalin y Enil, armados de todas armas, salió en tierra, y á pié se fueron á los grandes palacios por la calle, donde luego de muchos fué conocida, y decian: «Esta es la doncella de aquel bienaventurado caballero. ¡Ay Dios Señor! si vos diésedes modo cómo él aquí viniese, todo este señorío del imperio sería por él muy honrado.»

Y así llegaron á los palacios, y haciendo saber al Emperador su venida, con mucho placer los mandó entrar en la su gran sala, donde la Emperatriz y otros reyes y altos señores con él estaban. La doncella llegó, sin hacer mas acatamiento del que ya oistes que hizo al tiempo que la primera vez allí llegó; pero Gandalin hincó las rodillas, y quisole besar el pié al Emperador, y asimismo Enil, y él no lo consintió, antes dió á cada uno la una mano y los mandó levantar, y mostrando mucha alegría, dijo: «Amigo Gandalin, vos seais bien venido, y cómo quiera que vuestra visita me da placer, así della mi ánimo congoja recibí en acordármeme de aquel tiempo en que aquí vos vi con vuestro señor, que yo mucho amo, y despues no le haber visto ni tener esperanza dello.—Señor, dijo Gandalin, con mucha razon debe vuestra grandeza tenerlo como lo dice; porque siendo mi señor tal, que la mayor parte del mundo le debia ser sujeta, él lo es para vos servir con tanta obediencia cómo de quien ha recebido todo aquel grande estado en que hoy es puesto.» El Emperador dijo: «Yo hice con Amadis aquel deudo y amor que le debia, y mucho me tengo por honrado en le tener por amigo; y muy gran placer hube, que me dijeron que el rey Lisuarte, de su voluntad, le renunció el reino de la Gran Bretaña; no se si es así.» Enil le dijo: «Verdad es Señor; que yo fui á ello presente, y como quiera que yo desease todo el mundo para Amadis, mi

señor, cierto, segun la fortuna que en ello el rey Lisuarte tuvo, á todos movió á gran piedad y compasion; y con muchos llantos y abundancia de lágrimas pasó aquel aucto, aunque despues por todos los que vieron y saben cómo fué, es muy loado.—Ruégovos, caballero, dijo el Emperador, que me lo conteis; porque á los altos hombres mucha obligacion nos constringe á saber las cosas virtuosas hechas por los semejantes.» Enil se lo contó todo, que no faltó nada, así como ya lo oistes.

El Emperador bajó la cabeza, y estuvo un rato pensando, y despues dijo: «Cierto yo creo que grandes tiempos pasarán antes que otro mejor hombre venga que el rey Lisuarte, ni que con tanta discrecion ni esfuerzo pase su tiempo como él lo hizo. Y segun me parece, aquella fortuna que en su juventud tan favorable le fué, y le dió esfuerzo para vencer y alcanzar gloria de muchas afrentas, aquella misma, queriéndole ser muy mas graciosa, mas agradable, le puso en camino que, habiendo cumplido con la carne mezquina y atribulada, cumpliese en la fe con el ánima espiritual, venciendo á sí mismo; que muy pocos de los mortales, sin la gracia y misericordia de Dios, son poderosos de lo hacer.» Entonces con alegre semblante volviéndose á la doncella Carmela, le dijo: «Buena doncella, vos seais muy bien venida; ¿por ventura venis mas que la otra vez inclinada la voluntad á cortesía?» La doncella respondió: «Viniendo yo agora mas enamorada y mas sujeta de aquel por quien lo hago, ¿cómo puede mi querer doblarse? Antes ciertamente mucho mas al contrario lo tengo.» El Emperador y la Emperatriz y todos los altos hombres rieron de mucha gana, y dijole: «Segun en vos parece, bien podrémos ser quitos de sospecha que vuestra venida no será para hacer cobrar á aquel vuestro señor otra amiga, aunque él con mucha aficion vos lo encargase.—En esto, Emperador, dijo ella, juzgas tú por razon lo que debia ser, pero yo en todo lo tengo de servir.—Buena doncella, dijo el Emperador, yo vos amo, yo vos precio; si vuestra venida es por alguna cosa que de mí quereis, decidlo, que luego se hará.—Emperador, dijo ella, mi venida es por demandar un don á tí y á la Emperatriz, que no será de oro ni de plata; que segun lo que hoy debajo mi mano está, cierta soy que con toda tu grandeza me ternás envidia. Mas lo que yo pido es, que tú y ella vais hasta una nave que en la mar dejo debajo de tus finiestras, por ver un presente que Esplandian mi señor envia á la Infanta tu hija, como su caballero.—Ese tal don, dijo él, á mí pensar, mas es para nos lo pedir que para lo otorgar; y luego se haga lo que pedis.»

Entonces mandó que le trujesen bestias en que él y la Emperatriz fuesen. Pero como la gente, así del palacio como la otra de fuera, supo la demanda de la doncella, creyendo que alguna cosa extraña seria, todos fueron á caballo y á pié con el Emperador y Emperatriz, en tanto número, que era maravilla de lo ver. Llegados pues á la mar, y el Emperador y su mujer apeados, entraron en la nave con tantos caballeros cuantos caber pudieron. Y la doncella los guió donde la tumba estaba, y dijo: «Emperador, desta manera que aquí se te muestra estuvo esta tumba pasados do-

cientos años en la muy alta peña de la Doncella Encantadora, donde ninguno de cuantos caballeros en este medio tiempo fueron, nunca, por esfuerzo ni valentía que en sí tuviesen, la pudieron ver, sino fué Esplandian mi señor, que ganó la rica espada, como creo que habrás sabido, y agora tornó por esto que aquí verás.» Entonces quitó el leon y levantó la primera cubierta del cristal, y abriendo la cerradura de la otra segunda, descubrió el idolo que en sí encerraba.

Cuando el Emperador y la Emperatriz lo vieron, mucho lo miraron, y fueron muy espantados, diciendo que no sería posible haber en todo el mundo una cosa de tanto valor, y que aquellas piedras de aljófar eran bastantes, si repartidas fuesen, de hacer ricos á todos los que en el mundo vivian. La doncella, que así los vido, dijo: «Emperador, ¿qué te parece? Quien tal presente á la Infanta tu hija envía, ¿puede excusar la promesa de su padre?—Cierto, doncella, dijo el Emperador, quien tal cosa como esta posee, por muy grande hombre se debe tener; pero en eso que decis no consiento; que los bienes temporales, por abastados que sean, nunca se pudieron igualar á la virtud y buenas costumbres que los caballeros alcanzan; porque lo primero muchos malos lo pueden haber, y lo segundo, no otros sino aquellos que á la virtud son sojuzgados; y ya sabeis vos que mandé á mi hija que no diese por quito á su padre hasta que él ante su presencia pareciese, y veamos si es tal que pueda cumplir la palabra y promesa de caballero tan señalado en el mundo.» Entonces miró la tabla de oro, y leyóla paso, que ninguno le entendiese las letras que ya oistes; y como quiera que oscura la sentencia dellas por el presente le pareciese, en gran alteracion fué puesto, y sacándola de la tumba con su mano, dijo á la doncella: «Esto quiero yo des- tos dones, y lo á la haced dello lo que os mandaron.» Y dicho esto, salió de la nave, y la Emperatriz asimismo, y con ellos todos los que habian entrado en ella; que ya á su placer habian visto aquello por que allí vinieron; pero idos estos, luego entraron muchos á lo ver, en tanta abundancia, que hasta la noche no cesó.

CAPITULO XCV.

Cómo el poder y esfuerzo de amor,
A quien no debemos salir de mandado,
En un momento presenta encerrado,
Delante la Infanta, al buen amador;
La cual, como joya de tanto valor,
Recibe en servicio, sin otra cautela;
La llave entregada, le dijo Carmela:
«Aquí queda el vuestro leal servidor.»

Pues la noche venida, y la nave desembarazada de la gente de fuera, la doncella entró donde Esplandian estaba y díjole: «Ea, Señor, que la hora es venida en que á la merced del poderoso Señor placirá que vuestros deseos se cumplan; aparejadvos y entrad en la tumba; que tiempo es de la llevar á aquella vuestra señora.» Oido esto por Esplandian, sin mas responder, mandó que llamasen á Enil, y díjole: «Mi buen señor y amigo, ¿qué heciste los paños que con vos me envió la reina Oriana, mi madre?» Enil le dijo: «Señor, aquí los tengo; que pensando que los habríades menester, los puse en vuestra cámara.—Pues dádmelos,» dijo

Esplandian. Enil los sacó del lio donde estaban; los cuales eran muy hermosos y sembrados de muchas flores y rosas de oro, cercadas de piedras y aljófar grueso, y en algunas partes tenian aves que parecia que volasen, que la Reina su madre los mandó hacer á muy sutiles maestros, y puso en ellos aquellas hermosas piedras que de su padre y madre habia heredado. Esplandian los vistió y ciñó encima su espada, y en la cabeza no otra cosa, salvo sus muy hermosos cabellos, que los hombros le cubrian, que ante ellos el fino oro perdía su color, y su haz se podía comparar á la de los ángeles.

Cuando la doncella Carmela así lo vido, dijo como desatinada: «¡Ay Santa María! ¿qué es esto que veo? Ay, Señor, habed piedad de mí, y ponédvos presto en la tumba, que mis cuitados ojos no pueden sufrir de mirar esa tan gran hermosura; que no sería maravilla de caer súbito muerta ante vuestra presencia.» Esplandian, que así la vido, tomola por un brazo y díjole: «Mi amiga, pues haced apartar la gente, y haré lo que me decis.» Ella, aunque con grande alteracion estaba, dijo: «Eso ya está remediado.—Pues agora vamos,» dijo él. Así llegaron á la tumba, y alzando las cubiertas, se puso Esplandian donde el idolo estaba, y la doncella cerró con la llave y cubrióla como antes, y puso el leon encima della; estando así hecho, hizo tomar por el un canto á Gandalin, y á Enil por el otro, y por el otro un marinero de la nave; y levantando la tumba sin mucha premia, salieron de la fusta, siendo ya puesto el sol; y como por la ciudad entraron, y fueron vistos, salieron todas las gentes á los ver con muchas candelas encendidas, que, como si de dia fuese, así los podian mirar. Allí era loado y ensalzado Esplandian por todas las gentes con tantas alabanzas, que á las nubes tocaban; allí era recordada en sus memorias aquella espantable batalla del caballero de la Verde Espada con el cruel Endriago; allí recordaban y decian haber Esplandian, su hijo, acabado aquello que el padre acometer no osó, y cómo en la batalla de uno por otro lo venció. ¿Qué os diré? Que nunca de aquel fuerte Hércules, de aquel valiente Héctor, de aquel esforzado Arquiles ni de aquel infante Tideo tales maravillas en ningun tiempo se contaron.

Pues de esta manera que habeis oido, llegaron á los palacios del Emperador y á aquel rico aposentamiento de la muy hermosa Leonorina, que ya por su madre sabia su venida; la cual los mandó entrar en una gran sala llena de antorchas, donde con la reina Menoresa y otras dueñas y doncellas de muy alto linaje estaba aguardando; y allí llegadas, pusieron la tumba con el leon ante la Infanta, y la doncella Carmela hincó las rodillas delante della y dijo: «Hermosa Princesa, dame las manos para te las besar de parte de aquel tu caballero; que de la mia, si las tuyas no, otras ningunas de besar tengo.» La hermosa Infanta no las quiso dar, mas abrazándola y riyendo muy graciosamente, le dijo: «Doncella, ¿qué venida es esta? Y ¿qué traéis aquí?—Hermosa Princesa, dijo ella, tráigote de parte del caballero estos dones en servicio; que si en todo el mundo otros tales se buseasen, no se hallarian; y no quiero que por tí ni por otro alguno esta noche vistos sean hasta en la mañana, que con la llave yo seré venida; solamente te de-

mando en merced esta segunda cubierta, para la poner en un monesterio que mando hacer en la ermita de mi padre, á la sepultura de aquel gigante Matroco, que como cristiano murió; y de lo otro haz á tu placer, y demándote en don que hasta que yo aquí torne, esta tumba sea puesta en tu recámara, por esta noche.— Todo se haga como vos quereis,» dijo Leonorina. Entonces la doncella la hizo tomar como antes la traian, y la pusieron en la cámara, donde otra persona alguna no dormia sino la Infanta y la reina Meronesa. A esta sazón todas las dueñas y doncellas iban á la vuelta mirando, y Leonorina hablaba con la doncella, y como vido tiempo y lugar oportuno, dijo: «Hermosa Princesa, agora quiero ver á qué basta tu corazon, tu discrecion; que yo te dejo en esta tumba un tesoro muerto y otro vivo; sábele remediar, que yo acabado he mi obra; solamente tú lo verás, y alguna otra en quien te fies.» Y metiéndole la llave en la mano, sin que persona lo viese ni lo oyese, tomó consigo los caballeros lo mas presto que pudo, y sin esperar mas respuesta, se salió de la gran sala y se fueron á la nave.

CAPITULO XCVI.

Del congojoso razonamiento que la Infanta, acerca de su turbacion, hizo á la reina Menoresa, por la cual abierta la tumba, Esplandian á la cosa que mas queria, honestamente aquella noche ver y hablar pudo.

La Infanta, que muy cuerda era, cuando esto le oyó, en mucho grado fué alterada, que casi sentido ninguno en ella quedó; y pensando qué sería aquello, temió que la doncella le habia hecho algun grande engaño, y no sabia darse remedio, tanto estaba turbada; y lo mas presto que pudo, tuvo manera que aquellas sus dueñas y doncellas se recogiesen á sus aposentamientos, mostrando que se sentia enojada, y tomando á la reina Menoresa consigo, como habia acostumbrado, se metió en su cámara, y cerrando la puerta, dejóse caer en un estrado, torciendo sus manos y perdida la color. Cuando la Reina así la vido, hincó la rodilla ante ella, diciendo: «Mi señora, ¿qué habeis sentido?—¡Ay, mi verdadera amiga! dijo la Infanta, no lo sé, sino que mi corazon me fallece, y en fuerte punto ví á esta doncella Carmela, que me ha muerto.—¿Por qué causa, mi señora? dijo la Reina; decídmelo, que ya sabeis que mucho mas amo yo el vuestro corazon que el mio; ¿díjovos, por ventura, alguna cosa de que enojo recibiste?—¡Oh reina Menoresa! respondió, lo que ella me dijo, con que mi ánimo en grande alegría fué puesto, aquello ha dado causa de me poner en esta congoja; que del un cabo el amor, del otro el temor, me saca de todo sentido y me llegan al hilo de la muerte; y si vos, Reina, mi amiga, tanto amor como decis me teneis, en tiempo somos que nunca así como agora parecer puede.» Y con muchas lágrimas le puso sus hermosos brazos al cuello y se juntó con ella.

La Reina, que así la vido, fué muy turbada, y dijo llorando: «¡Ay Santa María! ¿qué será esto? Por Dios, mi señora, decídmelo, y no temais; que no solamente por salvar vuestra vida, mas por excusarvos un enojo que mucho penase, porné yo la mia en todo el peligro que venir pueda.—Pues si así es, dijo la Infanta, quiérovos

descubrir la cuita de mi corazon: ya sabeis cómo esta doncella antes me trujo una embajada de Esplandian, hijo del caballero de la Verde Espada, y demás de lo público que vistes que dijo, habló otras cosas conmigo, dándome á entender que aquel caballero es por mi causa en grande amor encendido, de que á él redundan muchas angustias y mortales deseos, y yo, como haya oido el valor suyo sobre cuantos hoy viven, así en valentía y prez de armas, como en muy sobrada hermosura y ser de tan alto lugar, como quiera que la fortuna lo acarrese, tambien yo dí lugar á mi corazon que en sí aquellas enamoradas palabras recogiese; pero no en tanto grado como ellas son crecidas y aumentadas, no para que mi pensamiento otra deshonestidad pensase, sino solamente tener gloria en ser amada de un tal caballero, que sobre todos los del mundo preciado es; y esta piedad y amorosa respuesta que de mí llevó, ha sido causa, si por vos, Reina, no se remedia, de ser entrambos llegados á la muerte; que cierto, segun lo que agora la doncella me dijo, yo creo que en esta tumba que veis, donde el gran tesoro viene, está metido Esplandian.»

Oido esto por la Reina, el corazon le comenzó á saltar por el cuerpo, y temblar las carnes, del grande espanto que hubo; pero como muy cuerda fuese, y viese el gran peligro aparejado, esforzóse cuanto pudo, por no poner en mayor cuita á Leonorina de la que ella tenia, y dijo con buen semblante: «Mi señora, no temais esto; que yo vos remediaré de manera, que, con la merced de Dios, todo vuestro enojo y tristeza sea en alegría tornado, quedando vuestra honra en aquel grado de alteza que merece; solamente me pesa por no tener acá la llave.—Veisla aquí, dijo la Infanta.—Pues Dios no me ayude, dijo la Reina, si es verdad que acá lo tenemos, si él de aquí va sin que por nosotras sea visto. Sea lo que fuere, y dadme esa llave, y vos quedad aquí; que yo quiero ver qué será esto.» Entonces, dejándola en el estrado, tomó la llave y una candela entre sus hermosos dedos, que así era ella muy hermosa y muy lozana, y entrando en la recámara, se llegó á la tumba, y con poca esperanza que su flaca fuerza bastaria, trabó de la cubierta de cristal, y como si fuera de otra cosa muy mas liviana la levantó y puso aparte, con el leon, y llegando á la cerradura, dijo paso: «¿Está aquí dentro alguno?—Sí, dijo Esplandian.—Pues, ¿quién sois? dijo ella; decidlo.—Mas ¿quién sois, dijo Esplandian, vos, que lo preguntais?—Yo soy, dijo, la reina Menoresa.—Pues yo soy, dijo Esplandian, aquel bienaventurado y sin ventura caballero que, por recibir la vida ó la muerte, aquí soy venido, segun la piedad ó la cruexa que hallare en aquella mi señora Leonorina, á quien yo todo el tiempo que la vida por ella me fuere otorgada, con muy mucha voluntad tengo de servir.—Caballero, dijo la reina Menoresa, sin que mas digais, ya yo conozco ser vos Esplandian, hijo de aquel que yo mucho amo; y si vos me prometéis, como leal caballero, que de mi mandado no saldréis, sacarvos he de aquí, y hablarvos he con aquella voluntad que á vuestro padre haria.—Mi buena señora, dijo él, nunca yo de vuestro mandado saldré, si otra cosa por mi señora no me fuese mandado.—Pues de eso bien cierta soy, dijo ella, que no mandará sino lo que mi voluntad fuere.»

Entonces abrió con la llave, y alzando la cubierta, salió Esplandian y púsose ante ella. Cuando la Reina lo vido tan hermoso, con aquellos muy ricos paños, fué tan espantada, que por un gran rato, sin le poder hablar, le estuvo mirando, considerando que nunca, desde que el mundo se comenzó, otra tan bella ni tan apuesta criatura en él se había formado; y tomándole por la mano, sin nada le decir, se llegó con él á la puerta que con la cámara se contenía, y allí paró en medio della, diciéndole: «De aquí adelante no pasaréis.» Y dijo: «Mi señora Leonorina, perded todo temor, y desechad todo miedo; que el Señor muy poderoso vos envía en socorro un ángel de los suyos. Venid vos, mi buena señora, y veréis la mayor maravilla que nunca vistes, ni en otra parte ver podriades; que yo vos terné lo que vos prometí, que vuestra gran cuita en sobrada alegría basta tornar, que aun acá nos alcanzan las buenas aventuras que á este vuestro caballero son prometidas.» La Infanta, que esto oyó, aunque como las hojas de los árboles con el viento sus carnes temblasen, viendo cómo la Reina con voz de alegría la llamaba, perdido lo mas del miedo, á gran deseo fué movida de ver aquel que tanto amaba; y levantada de su estrado, con pasos desmayados, como lo estaba el corazón, se fué para la Reina y se juntó al otro lado.

Cuando Esplandian la vido, considerando en sí que en ella toda la beldad y apostura del mundo se encerraba, por poco se dejara caer en tierra sin sentido alguno. Mas el grande deleite que los ojos sentían en aquella vista, por no la perder le sostuvo, y bincadas las rodillas en tierra, no sabía, con la gran turbación, qué decir; y así estuvo por un rato; mas recordándose aquel espanto de la respuesta enviada por Gastiles, que siempre en su memoria tenía, le dijo: «Señora, si enojo de mí tenéis, demándovos perdon; que de los servicios, si algunos han sido, no me doy por satisfecho, pues que no pueden ser tan crecidos, que mas crecida no sea aquella deuda en que el Rey, mi padre, me ha puesto, mandándome que en su lugar pague las grandes mercedes que de vos, mi señora, recibí.» La Infanta, que de aquella misma turbación herida era, mirábalo, sin ninguna cosa responder; mas la Reina le dijo: «Señora, mandadle levantar, pues que su grande obediencia y cortesía á ello vos obliga.—Reina, mi amiga, dijo ella, dejadlo; que en tanto que ahí estuviere no huirá de mí, como hasta aquí ha hecho, aunque, pues vos lo tenéis por la mano, aunque quiera no podrá, y levantadlo.» La reina Menoresa lo quiso hacer, pero él le dijo: «Mi buena señora, aquí quiero estar hasta que esa mi señora me dé las manos y se las bese por su caballero, apartando de sí aquella saña que fué ocasión de me enviar tan airada respuesta.»

La Reina, que vido que la Infanta no respondía, dijole: «Mi señora, dadle esas hermosas manos, que en tan hermosa boca bien empleadas serán; que, según me parece que la fortuna le ha puesto en tan grande alteza de estado y linaje y prez de armas, sojuzgado á toda virtud, dotado de grande hermosura, cual nunca en hombre se vió, no sería maravilla que antes de mucho le demandeis vos las suyas, y seáis contenta que como marido vos las dé.» La Infanta, que la color perdida te-

nia, siendo ya tornada mas encendida que la su natural, con el asesegamiento de la grande alteración que hasta entonces tenía, tendió las manos hácia él, y él, tomándolas con las suyas, no pudiendo resistir que las amorosas señales del corazón con lágrimas en sus ojos no se mostrasen, se las besó muchas veces, tanto, que en ellas fueron bañadas. Mas la Infanta, que hasta allí alguna libertad por la ausencia de aquel caballero en sí había reservado, cuando sintió que sus manos á las suyas dél y á la boca llegaban, el corazón se le abrió por tantas partes, que no quedando en él ninguna resistencia, fué de todo en todo rompido, vencido y sojuzgado; y así que, de allí adelante fueron los suspiros, los mortales deseos y pasiones en tanto grado, del uno y del otro, que si el Señor mas poderoso no pusiera el remedio que les convenía, quedara con su muerte dellos el mundo en pobreza de las dos personas mas señaladas que en él habían nacido. Mas viendo aquella princesa ser razón ya de le dar algun contentamiento, tomólo por las manos y hizolo levantar. Así estuvieron un rato que no se hablaron, haciendo en sus gestos aquellas mudanzas que los amorosos y atribulados corazones les mandaban. La Reina, que entre ellos estaba, mirábalos como espantada, teniendo por gran maravilla que dos tales personas fuesen de otras mortales engendradas; dijo: «Cierto yo creo que muy grandes tiempos pasarán antes que otras ningunas estén acompañadas como yo estoy, y á su mandar tenga dos tan grandes príncipes en aucto de calidad tan deshonesta y de obra tan honesta.»

CAPITULO XCVII.

Cómo, despues que el buen caballero fué despedido de aquella princesa, estando presente con él Menoresa, se torna á la tumba do estaba primero; y cómo, rompiendo el claro lucero, le vuelve cerrado la sábida Carmela, usando dos veces de aquella cautela, y alzan las velas, y adios, compañero.

A esta sazón que habeis oído, ya la noche, con poco cuidado de su miedo ni deleite, iba discurrendo por sus naturales cursos, huyendo de aquel cruel enemigo de los amantes, que tras ella venía; y viendo la Reina lo poco que de ella quedaba, temiendo que de aquel grande atrevimiento alguna desventura, siendo sabido, no redundase, dijo á Esplandian: «Mi buen señor, tiempo es de vos tornar donde salistes; que á caballero tan hermoso y tan preciado, tan preciado y tan hermoso aposentamiento le conviene.» Oído esto por Esplandian, dijo á su señora: «Pues que mi buena aventura alcanzó quedar yo, mi señora, por vuestro caballero, alcance saber qué manda en que la sirva.» Leonorina le dijo: «Mi amigo, lo que yo vos ruego y mando es, que en saliendo de aquí vos vais á aquellos caballeros vuestros amigos, y lo mas presto que ser pueda, trayéndolos con vos, dejando quien guarde lo que habeis ganado, torneis á ver al Emperador, mi padre, que, por el grande amor que al vuestro tiene, y por lo que de vos le dicen, tiene mucha voluntad de vos ver. Entonces por él ó por mí vos será mandado lo que hagais.» Entonces la Reina, tomándole por la mano, fué con él, y sacando el

ídolo de la tumba donde estaba, lo pusieron debajo de la otra de cristal, que muy claro y mas hermoso parecía, y dejando á Esplandian en la otra en que la doncella Carmela lo llevase, cerrado con la llave, se tornó á la Infanta, diciendo: «Señora, esta llave vos hace cierta que con toda seguridad podáis ver el servicio que aquel vuestro caballero vos ha hecho.» Y tomándola por la mano, la llevó donde el ídolo estaba, debajo de aquel cristal, que como por él traslucorase, parecía la mas hermosa joya que nunca se vió.

Allí estuvieron entrambas mirándole gran rato con gran placer, creyendo que enviando el uno sin impedimento, quedaba el otro, que tal como él, ni que tanto valiese, no había emperador en el mundo ni rey que lo alcanzase. Así estaban riyendo, mas la Infanta nunca partió los ojos de la otra tumba donde tenía el corazón. La Reina, que lo vido, dijole: «Señora, paréceme que vuestra codicia mas lo ha por lo vivo que por lo muerto.—Mi amiga, dijo ella, el corazón muerto lo causa, que desea hallar al que resucitar le puede.» Mucho fué maravillada la Reina oyéndole estas palabras, según su tierna edad, y nunca haber conocido en ella que de tal parte persona ninguna mirase. Pero mas lo fué de sí misma, que siendo libre, sin ningun pensamiento de sujeción, no tardó mucho tiempo que su corazón fué tan encendido de aquel mismo fuego, que si tan presto el remedio no le viniera, en las encendidas llamas ó en las muchas lágrimas de sus ojos fuera consumido, como adelante se dirá, en la venida á aquella gran corte del Emperador, de la sabidora Urganda la Desconocida, en que había así desto como de otras muchas agradables cosas de oír.

Despues que aquella hermosa infanta Leonorina y la reina Menoresa hubieron allí estado un rato, maravilladas de ver aquel ídolo, con sus grandes riquezas, debajo de la tumba de cristal, fuéronse á dormir, á tiempo que ya no quedaba de la noche una hora. La mañana venida, luego fueron levantadas, y no sin gran temor, hasta ver puesto en salvo aquel caballero que ya oistes. Mas no tardó mucho que la doncella Carmela vino con la compañía que el día antes había venido, y dijo á Leonorina: «Hermosa princesa, quiero que me des lo mio, que de llevar teago, y quedará lo tuyo, que no poca maravilla será á tí de lo ver. Y si mandares, entraré contigo y con la reina Menoresa á lo tomar, y despues podráslo mostrar á quien te pluguiere.—Así se haga, dijo Leonorina; aun mas quisiera que se quedara todo junto, como lo que aquel caballero ganó, porque es muy extraño lo que parece, y así lo debe ser lo que no se muestra; y cualquier cosa dello que se aparte, es gran menoscabo de su valor.—Ya te demandé, dijo ella, en merced, de parte del tu caballero, la tumba segunda para lo que dije; y pues me fué otorgada, no osaría ir sin ella; pero si tanto te agradó, todo lo que della está pensado de hacer se dejará por tu servicio, y yo la tornaré aquí.—Pues agora venid vos y la Reina, dijo á la Infanta, haced lo que á vos pluguiere.» Entonces entró ella delante, y ellas la siguieron, y cuando hubieron estado un poco, salió la doncella y llamó á Gandalin y á Enil y al marinero, y tomando todos cuatro la tumba donde Es-

plandian estaba, la sacaron de la cámara y de aquel aposentamiento, y por mitad de la ciudad la llevaron á su nave, y luego, alzadas las áncoras por los marineros, se partieron del puerto, tomando la vía de la montaña Defendida, y la Infanta quedó con grandísimo pesar, porque, con la turbación, no tuvo memoria de ver las letras que aquel caballero en su pecho tenía, y con su rico tesoro, sospirando por el otro que se iba, que para ella muy mas hermoso y agradable era; quedando con aquella soledad que el corazón preso y sojuzgado quedar suele viendo partido de aquel que sin él no puede sosegar ni vivir.

CAPITULO XCVIII.

Cómo el autor, por una vision que vido pone fin, sin dar fin, en esta obra, y della se despidie.

Siendo ya mi ánimo y mi pluma cansados, y el juicio en gran flaqueza puesto, considerando el poco fruto que su trabajo alcanzar puede en esta simple y mal ordenada obra, por ellos emendada, temiendo que el yerro mayor no fuese de le poner fin, habiendo juntado dos tan leales amadores como la historia os mostró, remitiéndola á aquellos que, no solamente con sus sutiles y agudos ingenios podrian estos mis simples desvarios emendar y corregir, mas aun siendo mas dignos, con mucha mayor gracia y discreción proseguir en lo de adelante, si por ventura considerasen que sobre tan flaco cimiento como este alguna hermosa y perdurable obra levantarse podría; pues ya dejada la pluma de la mano, y con la mudanza de la voluntad el juicio vuelto en seguir y se ejercitar en otras mundanales cosas, vino me de súbito, no sé en qué manera, un tan grande esfuerzo al corazón, que olvidando el cansancio, desechando la pereza, me presentó en la memoria el yerro grande que haríasi por ningun impedimento dejase de contar aquella extraña venida que en la compañía de Esplandian y sus compañeros la gran sabidora Urganda la Desconocida hizo á la corte de aquel grande Emperador, y las muchas cosas que dellas sucedieron. Y asimismo aquella espantable y gran batalla, en que casi á la una y otra parte ayuntados todos los del mundo fueron, así por la tierra como por la mar, que fué causa de poner fin en las grandes angustias destes leales amadores, con otras muchas y grandes cosas que acaecieron. Así que, olvidando todas las otras ocupaciones, en esta sola determiné ocuparme. Pero no sé en qué forma, estando yo en mi cámara, ó si en sueño fuese, ó si en otra manera pasase, fui transportado, sin que en mí casi alguna parte de sentido quedase, ni de otra alguna memoria, salvo de la que aquí diré.

Parecíame estar en una muy alta peña, cercada toda de las bravas ondas de la mar, donde estando muy espantado, mirando en torno de mí, no veía sino roquederos tan bravos, tan ásperos como las puntas del diamante, de manera que otra ninguna cosa desocupada, por donde andar pudiese, tenía, sino solamente lo que las plantas de los pies ocupaban. Los vientos eran tan crecidos encima de aquella altura, que si no me abrazara á las ásperas peñas, me llevarán por el aire á lo hondo de la mar. Cierto no puedo decir sino